

Carmen Mola



El Infierno

Capítulo 1

—¿Está lleno?

—Hasta la bandera.

A Leonor Morell también le gusta atisbar por entre los pesados cortinajes del madrileño Teatro Variedades y mirar hacia la platea, pero no es para comprobar cuánto público asistirá a la función de hoy, como su amiga Pili la Gallarda. *El joven Telémaco*, la obra que representan desde hace casi dos semanas, es un éxito clamoroso, tanto que el fin de semana harán dos sesiones diarias, quizá también una matiné el domingo. Lo que Leonor quiere es asegurarse de que, en la cuarta fila, en la butaca junto al pasillo, como ha sucedido desde el día del estreno, está don Cándido Serra.

—No sé cómo te consiente tanto.

—Porque soy la mejor compañía que puede encontrar en Madrid.

—Y la más cara para tan poco beneficio.

La sonrisa que Leonor dedica a don Cándido se queda suspendida en el aire cuando Francisco Arderius cierra el telón y les ordena que vayan al camerino a prepararse. Ellas —Leonor, Pili y el resto de coristas, las suripantas— se han convertido en el principal atractivo de la función. ¿Quién les iba a decir que les llegaría el éxito con ese extraño nombre: suripantas? Ni siquiera Arderius había soñado

con tanta celebridad. Llegó de París con dos ideas: no solo ser actor, sino también empresario teatral e importar el espectáculo que triunfaba en la capital francesa, para eso creó la Compañía de los Bufos Madrileños.

La crítica ha calificado el género bufo como la apoteosis de la grosería, pero ¿a quién le importa la opinión del crítico? Desde el pequeño Teatro Variedades en la calle de la Magdalena, ha revolucionado la escena madrileña: números musicales ligeros, diálogos llenos de equívocos y dobles sentidos, una escenografía espectacular, aunque nada levanta más aplausos que las procaces suripantas. Los madrileños están locos por ellas: jóvenes y guapas, buenas bailarinas, enseñan un poquito más de lo que se veía en otros teatros: los hombros, las pantorrillas, el inicio del escote... Arderius sabe alimentar la fama de sus chicas: a la entrada del teatro, ha mandado colocar un cartel que anuncia que se prohíben los accidentes y los desmayos por la belleza de las coristas bajo multa de cinco duros.

Una noche más, dibujando un semicírculo en el escenario, Leonor y sus compañeras, vestidas con túnicas que se adhieren a sus formas, despliegan la coreografía y el estribillo —extraño e incomprensible— que enardece al público.

Suripanta, la suripanta
Maca trunqui de somatén
Sun fáribum, sun fáriben
Maca trúpitem sangasinén.

El aplauso todavía resuena en sus cabezas cuando Leonor y Pili entran, después de la función, en el teatro-café de Capellanes.

—¿Quién puede entender que todo Madrid coree ese sinsentido?

Miguel Ramos Carrión, un joven autor zamorano, se ha unido esta noche al grupo habitual que, junto a Francisco Arderius, Pili y Leonor, acompaña a don Cándido Serra. Es él quien siempre elige dónde cenarán, ya que es también quien se hace cargo de una cuenta que no suele ser pequeña.

—Tal vez deberías preguntarle a Eusebio Blasco de dónde surgió la inspiración, porque tu zarzuela debe tener, como poco, el mismo éxito.

Detrás de un bigote que pretende disimular su juventud, Ramos Carrión se acomoda en la mesa reservada y se queja de la presión que Arderius ejerce sobre sus autores: en el Teatro Variedades no se puede fallar; si una obra no triunfa en las primeras sesiones, rápidamente se retira y otra ocupa su lugar. Es lo que le puede ocurrir a la que él está escribiendo, *Un sarao y una soirée*, una comedia sobre cómo las costumbres francesas se han convertido en las preferidas de la burguesía.

—Querido, ¿por qué no pedimos una de esas botellas de Perrier-Jouët, a ver si el champán ilumina a nuestro joven escritor? Tal vez se le ocurran algunos versos a la altura del griego inventado de Blasco.

Don Cándido Serra es incapaz de negarse a una petición de Leonor. Silencioso, como casi siempre, de una timidez que sorprende en un hombre de su edad —ya ha superado los cincuenta años—, desplaza su figura delgada como un cuchillo entre la parroquia que abarrota el café en busca de un camarero para complacer a su amada, mientras la mesa regresa, bulliciosa y entre risas, a repasar la pasión que un coro tan absurdo levanta entre el público.

—«Suripanta, la suripanta. Maca trunqui de somatén...».

El canturreo de Pili y Leonor llama la atención de otras mesas, en todas partes se conoce la cancioncilla, y algunas

miradas también delatan el deseo al tener tan cerca a dos de esas hermosas coristas.

—¡Felicidad! ¡Felicidad y risas! —aúlla Arderius después de dar cuenta de la primera botella de champán—. Eso es lo que necesita esta ciudad. Madrid lleva lamentándose de su reina, de la miseria y de nuestros políticos demasiado tiempo. Necesitamos disfrutar de un poco de espectáculo, que la vida se nos escapa entre tanta lágrima. ¿Tengo o no razón, amigo Cándido?

—Yo seré el primero en añorar estas noches cuando salga para La Habana.

—Pero ¿ya está pensando en su marcha?

Leonor se acoda en la mesa, sujetándose los mofletes con los puños, como una niña enfadada. Sabe cuándo dedicar todo su interés a Cándido, cómo atraer su atención para que él se sienta como si estuvieran solos en el Capellanes. Como si ella lo necesitara.

—Las negociaciones con el Gobierno están terminando, aunque eso no signifique que los hacendados que hemos venido de las Antillas estemos contentos con el resultado: los impuestos siguen siendo demasiado elevados.

—Para sacarle algo a nuestra reina —interviene Ramos Carrión—, tiene que disfrazarse de monja, como sor Patrocinio, o tener los bigotes de Carlos Marfori, aunque en ese caso puede que acabe usted en su cama, y yo preferiría pagar impuestos antes que sufrir ese trance.

Ríen las bromas mientras una nueva botella de champán llega a la mesa. Leonor teme que, desde las chanzas habituales contra la reina, la conversación derive en temas más serios, como Prim y su exigencia de libertad o las frecuentes asonadas militares que pretenden derrocar el régimen de la reina Isabel II, pero, por suerte, Franconetti, un cantaor medio gitano medio italiano, tan corpulento que antes se ganó la vida de picador, sube al escenario del

café. La enésima queja de Arderius contra la reina se apaga bajo los compases de una seguriya.

«Ha puesto el cante al nivel de la ópera», oye decir Leonor en otra mesa. Después de diez años por América, en Argentina y Uruguay, Silverio Franconetti ha vuelto a España y, ahora, su voz impone un silencio devoto en la tumultuosa clientela del café Capellanes.

Leonor siente que el cantaor ha logrado crear un mundo nuevo, distinto a la realidad, una burbuja cuyas paredes son sus lamentos y el rasgueo de la guitarra que le acompaña, una burbuja donde ellos están suspendidos, y piensa que, si algo puede ser considerado arte, es la voz de Franconetti. Todo el mundo en el café parece presa de la misma comunión, salvo Cándido Serra. A Leonor le molesta descubrirlo mirándola con fascinación, tal y como ella escucha al cantaor; le sonrío como quien se postra ante una Virgen. Ella intenta olvidarlo, disfrutar como antes de la música, pero le resulta imposible. La pleitesía que Cándido le rinde desde que la conoció le hace sentirse mal: ha estado jugueteando con él, dándole falsas esperanzas para disfrutar de su posición, de su champán y de sus invitaciones a los mejores restaurantes.

Son las tres de la madrugada cuando abandonan el café. Francisco Arderius se ha despedido, pero han logrado convencer a Franconetti de que los acompañe a la habitación de Cándido Serra en el Grand Hôtel de París. Otros clientes del Capellanes se han sumado al grupo, llevados por la tentación de seguir escuchando al cantante en una juerga flamenca particular y, también, por la de conocer los interiores del hotel más lujoso de la capital, en plena Puerta del Sol.

El vino y el champán que continúan bebiendo logran espantar la mala conciencia que Leonor tuvo en el café, y, desinhibida, baila y ríe, subida a la cama con Pili, junto a

unos hombres cuyos nombres no conoce y que se sienten afortunados al cogerla de la cintura en uno de los pasos de baile, mientras Franconetti y su guitarrista convierten la habitación de Cándido en una de esas cuevas donde, según dicen, los gitanos cantan y bailan hasta el amanecer.

La noche empieza a clarear cuando Leonor sale a uno de los balcones para tomar aire. Sudada y algo borracha, da una calada a un cigarrito. A sus pies, la Puerta del Sol, mucho más amplia ahora, después de varios años de demoliciones de edificios: la fuente en el centro levanta el agua a más de treinta metros de altura. Aquí y allá, pordioseros, jugadores que regresan a sus casas con los bolsillos vacíos, hambre.

—Apenas hemos tenido ocasión de charlar.

Cándido se acoda en el balcón a su lado. No parece cansado a pesar de la noche en vela, tampoco afectado por la bebida.

—En realidad, no tengo mucho que decir.

—Con saber un poco más de tu vida, me conformo.

—Soy la hija de un barbero y una lavandera que cantaba como los ángeles. De ahí me viene el gusto por la música, por el teatro, y —fingiendo una voz grave, de malvada de cuento— por rebanar pescuezos.

Leonor ríe con una alegría que sabe que puede derribar cualquier enfado de Cándido.

—La última vez, tu padre era mesonero y tu madre había fallecido al darte a luz.

—Hoy me apetece más ser la hija del barbero y la lavandera cantante.

Cándido puede detectar un poso de tristeza en Leonor que, incómoda por su desmentido, ha dejado de reír. Se abraza a sí misma, protegiéndose de una corriente fría de aire que trae el alba. Puede que ese misterio que es la propia Leonor sea lo que atrapó a Cándido desde el primer

día, no solo su belleza. Suena un estruendo lejano que reverbera en la ciudad, un trueno, piensa ella, el anticipo de una tormenta.

—Me encantaría que alguna vez me acompañaras a dar un paseo por los Campos Elíseos —murmura él a su espalda—, así podría disfrutar de tu compañía a la luz del día.

Pili se coge del brazo de Leonor cuando abandonan el Grand Hôtel de París. La borrachera apenas le permite mantenerse en pie y tampoco pone traba alguna a sus pensamientos.

—Y luego querrás que no digan que las suripantas somos unas frescas. Mira lo que estás haciendo con el pobre Serra. Va a regresar a Cuba con los bolsillos llenos de telarañas y ni un beso que llevarse de recuerdo.

—Es un anciano, Pili, no voy a darle ningún beso. Además, ¿por qué íbamos a complicar las cosas? Nos lo pasamos bien, ¿verdad? Pues de eso se trata. Felicidad y risas, como dice Arderius.

Unos caballos irrumpen al galope por la calle Mayor. Tan pronto se giran, sorprendidas por el estrépito, ven cómo los guardias civiles descargan sus escopetas contra un grupo de gente que se arremolinaba en la Puerta del Sol. La sangre de algunos pintarrajea el aire mientras los gritos y el escándalo de otros que están sacando muebles viejos de no se sabe dónde, amontonándolos como barricada tras la que guarecerse, se mezcla con aquellos truenos que escuchó desde el balcón, que se repiten y que, ahora se da cuenta, no avisaban de ninguna tormenta, sino que eran cañonazos y lo que presagiaban era una batalla campal.